

## Una clasificación global de la poesía americana

El compilador de la *América Poética* no es sólo un avezado localizador de piezas literarias de los distintos países que forman la América, sino que es, también, un crítico literario que, si bien aún no ha dado pruebas de su labor, posee talento y acopio suficiente de autores y géneros como para elaborar un juicio global en torno a la producción poética del continente. Esto puede apreciarse en el breve desarrollo de ideas que expone en el *Prospecto* al juzgar la evolución de la poesía que se ha escrito en la región. Luego de referirse al criterio americanista que lo anima escribe Gutiérrez: «Hemos preferido aquellas composiciones que tienen relación, por el asunto y por el colorido, con el genio, la índole y la naturaleza de nuestro continente, desechando las inspiraciones de la pasión en las luchas civiles y ahorrando, en lo posible, las exageraciones del entusiasmo en los himnos de triunfo nacional»<sup>6</sup>.

Ese enfoque inicial permite a Gutiérrez entrar de lleno a explayarse, aunque de manera abreviada, en torno a la naturaleza y características de la poesía americana. Merecen citarse los elementos más notorios que Gutiérrez destaca. El primero de ellos y que muchas décadas después un número considerable de historiadores, antologistas y críticos han desconocido, a saber, que el género poético existió en las antiguas culturas indígenas de América. «Antes que la civilización cristiana penetrase en América con sus conquistadores, era ya muy conocido en ella y muy estimado el talento poético», escribe Gutiérrez, para agregar: «Casi no hay una tribu, ya more en las llanuras o en las montañas, que no tenga sus varones inspirados y su poesía más o menos rústica»<sup>7</sup>.

Gutiérrez no sólo constata la existencia de una literatura poética indígena, sino que enuncia en breves trazos, la influencia que ella ejerce en los españoles, aunque sin entrar en el análisis pormenorizado de cuestión tan delicada. Pero ese solo punto de partida enunciado en 1845 es ya un dato relevante de su formulación literaria. Lo es, también, de su concepción americana de la cultura, que percibe como una unidad o, si se quiere, como una continuidad y en cuya raíz está el indígena que puebla su suelo.

Cuando, al decir de Gutiérrez, «el sonido de la liras de América se perdía entre el grande concierto de las españolas», tiene lugar la revolución política que convierte los virreinos en repúblicas y ese suceso político para Gutiérrez da lugar al segundo aspecto que asume la poética. Apunta, entonces, el crítico que esa revolución «encordó con bronce la lira de que hablamos. Fue única ocupación de los brazos, la guerra; y la victoria, la única inspiración del ingenio. El carácter de la poesía, mediante la lucha de emancipación, fue puramente guerrero»<sup>8</sup>. Fernández Pérez Madrid en Venezuela, José Joaquín Olmedo en Ecuador y Vicente López y Planes en Argentina ejemplifican ese género que tuvo otros numerosos cultivadores.

<sup>6</sup> *América Poética. Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1846, pág. VI.*

<sup>7</sup> *Ibidem, pág. VII*

<sup>8</sup> *Ibidem.*

Señalando un rumbo que él no ha de seguir, Gutiérrez alaba a quienes «han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas», y agrega que sólo falta que se reúnan en un cuerpo «los himnos en el triunfo y las elegías en los desastres que se han escrito desde el Anahuac hasta la tierra Argentina»<sup>9</sup>.

Viene luego, según Gutiérrez, el tercer período, el que parte del final de aquel ciclo y se extiende hasta los días en que reúne su *América Poética*, etapa en que la lírica, a su modo de ver, toma otra dirección. Esa nueva dirección está dada por las circunstancias históricas. «Los poetas —manifiesta Gutiérrez— pudieron pensar ya en sí mismos e interesar con sus dolores o sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradición histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquéllos mismos que antes cantaron a los héroes, cantan a las *Rosas*, o vierten a la lengua materna las descripciones de Delille o los pensamientos de Pope. Pesado traduce a David y se inspira en los sagrados libros. Varela —infatigable atleta poético— traduce a Homero y muere con la Eneida en la mano esforzándose por continuar la versión de este poema»<sup>10</sup>. Esta última corriente de la poesía es la que recoge selectivamente la *América Poética* y de la cual intenta ser su más depurada expresión. Un tal enfoque antológico otorga singularidad a la obra de Gutiérrez.

Señalamos de paso, sin entrar en el análisis, la sugestiva relación que la *América Poética* posee en su enfoque poético con la idea americana anunciada por la generación del treinta y siete y que Gutiérrez reactualiza aunque sin mencionar. Ese análisis ampliaría con exceso estas páginas.

## El sentido americanista de la obra

No cabe duda de que el título asignado por Gutiérrez a su obra es todo un acierto ya que en la brevedad del mismo se encierran los dos elementos claves que animan el esfuerzo del compilador, a saber: reunir las expresiones poéticas más sobresalientes de los que cultivan el género y seleccionar a los autores atendiendo al criterio de calidad y de ser hijos de este continente.

La *América Poética* es, así, una feliz manera de dar nombre a una realidad cultural que se halla latente en el clima intelectual del continente, pero al que nadie ha acertado a dar forma sistemática. Esa realidad es que América posee una literatura que le otorga fisonomía y expresión poética propia por la índole de su inspiración, por los temas que canta, por la manera como los expresa, todo lo cual la distingue de la que se escribe bajo los cielos de otros continentes.

Uno de los aciertos reside quizás en que Gutiérrez, percibiendo la existencia de esa literatura, intenta reunirla en forma seleccionada para mostrar lo más sobresaliente en uno de sus géneros, el poético, en el cual todos los pueblos disponen de representantes relevantes. Al lanzarse a la empresa, Gutiérrez sabe que no es el pri-

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. VIII.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

mero en enunciar la idea, pero sí en llevarla a la práctica, lo cual implica un desafío inédito y riesgoso.

El propósito claramente americano que lo anima queda manifestado desde un primer momento en el *Prospecto* que contiene el enunciado del proyecto. «Nos guía en la publicación que anunciamos —dicen los Editores— una intención muy seria. La tenemos por acto de patriotismo mirando en ella uno de los testimonios que aún faltan para convencer de que en el pensamiento americano hay elevación, nobleza y unidad»<sup>11</sup>. La mirada interpretativa sobre la producción poética del continente lo autoriza a distinguir las razones de la singularidad de la iniciativa y por ello agrega: «Al ver cómo en pueblos tan apartados luce la llama de una misma inspiración, el mismo amor por la patria, las mismas esperanzas de mejoras y de engrandecimientos; igual entusiasmo por las instituciones nacidas de la emancipación; igual encanto ante la naturaleza virgen, lozana y maravillosa del Nuevo Mundo, creemos que no se podrá negar, que a más de aquella armonía que proviene de la comunidad de religión y de idioma, existe otra entre las Repúblicas Americanas, la armonía del pensamiento»<sup>12</sup>.

El juicio formulado por Gutiérrez hace pensar en la existencia de una literatura que conserva, en la diversidad geográfica del continente, un sentido de unidad y armonía y se contrae a probarlo, reuniendo un caudal suficiente de nombres y de piezas poéticas. Fuera de los criterios puramente estéticos exigidos por la selección, Gutiérrez enuncia otro que evidencian el sentido americano de su obra. «Para la elección de las piezas que la componen —dice— nos hemos cerrado a toda parcialidad y tomado como guías que no pueden extraviar, el amor discreto por el nombre y los consejos inmutables del buen gusto».

## Autores y países incluidos

Los criterios enunciados y que presiden la selección, se completan con otro, derivado del sentido moral de la poesía. No basta a Gutiérrez que los poetas sean americanos y su producción se halle dotada de calidad. Les exige, además, un propósito moral y esa finalidad que atribuye como condición intrínseca a la producción poética no la oculta el compilador. La explica en estos términos: «No nos ha sido necesario usar de severidad para juzgarlos por la intención moral de sus condiciones». Esta finalidad moral atribuida por Gutiérrez a la poesía la funda en una antigua sentencia referida a los poetas que poco antes recordara Andrés Bello en el discurso inaugural de la Universidad de Santiago: «Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras»<sup>13</sup>.

Se ve por ello que Gutiérrez acepta como propio el criterio que viene de los clásicos y elude o rechaza aquella poesía que no se dirige a la elevación del corazón, la mente y los sentimientos. Al adoptar ese criterio, el compilador cree estar aceptando el que practican los poetas que selecciona y lo manifiesta en estos términos: «Y no podía

<sup>11</sup> *Ibidem*, pág. 5.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pág. VIII.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

ser de otro modo atendiendo a sus antecedentes personales. Los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas Legislativas, representaron a sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron a veces y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administración de sus respectivas repúblicas». Señala así, de paso, que personalidades tan destacadas de la vida pública americana que son, a la vez, poetas relevantes, no pueden menos que escribir con nobleza y elevación de carácter, sin que ello afecte ni al ingenio, ni a la gracia ni la inspiración poética.

Tales elementos parecieran reducir el ámbito en que debe ejercer su papel de compilador selectivo estrechado ya por los obstáculos derivados de la incomunicación existente en América. Sin embargo, no es así si nos atenemos tanto al número de poetas como al número de poesías que integran la *América Poética*. Observando el total de los poetas seleccionados comprobamos que alcanza a 53 autores que, en conjunto, corresponden a once países. La representación de estos últimos es desigual y al respecto no se ha fijado el compilador normas regulares. El país más representado es Argentina con 16 autores, seguido de México con 9 y Chile y Uruguay con 5. Los restantes países se encuentran representados de la siguiente manera: Cuba 4; Perú, Bolivia, Colombia y Venezuela con 3; Ecuador y Centro América con 1. Es el mismo Gutiérrez quien en una pequeña nota al final del índice ofrece un dato cuantitativo que merece recordarse. Dice: «Comprende 53 autores, 455 composiciones escogidas de éstos y más de 54.500 versos». Esta minuciosidad cuantitativa del compilador cierra el volumen y tiene por finalidad demostrar en cifras el resultado del esfuerzo.

## Una antología anotada

Referirnos a los nombres de los poetas seleccionados y a las composiciones incluidas nos llevaría a una indagación imposible de abordar en estas líneas, ya que la materia requiere espacio suficiente y no es el objeto de la propuesta. Cabe, en cambio, advertir que el método del compilador no se reduce a ordenar las poesías por el nombre del autor. Siguiendo un criterio que otorga mayor mérito a la obra antológica, cada autor es precedido de las noticias biográficas que el compilador ha podido lograr reuniendo la condición de confiabilidad. Estas Notas, en cada caso, guardan regularidad y mas bien se adecuan a la significación de cada poeta y a las referencias que el compilador ha podido reunir, teniendo en cuenta la distancia, la vida recoleta y la discreción de cada personalidad. Casos hay que llevan notas abundantes, que trazan biografías completas, en tanto que, en otros, se asientan informaciones novedosas y desconocidas, no estando ausentes las que son breves en razón de carecer de datos precisos o por excesiva juventud del autor. Este es el caso del poeta chileno Eusebio Lillo, del cual sólo dice que tiene veinte años, y agrega: «Pero a la edad de este joven, la biografía está en el porvenir».